

## **XXV Feria del Libro Antiguo y de Ocasión de Sevilla**

**Plaza Nueva, 29 de Noviembre – 15 de Diciembre de 2002**

### **Pregón de Nicolás Salas**

**Salón de actos del Excmo. Ateneo de Sevilla**

**19,30 horas. 28 de Noviembre de 2002**

**Mañana se abrirá al público la XXV Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, y hoy pregonamos el certamen recuperando la memoria histórica del mundillo sevillano de este tipo de comercio, cuyo mercado se pierde en la noche de los tiempos y que, al menos desde principios del siglo XIX, tiene referencias mercantiles y personales que ayudan a conocer su existencia.**

**El libro antiguo, antes llamado usado y viejo, tiene cada vez más trascendencia para la cultura. Los catálogos de estas librerías anticuarias son documentos esperados con ilusión por quienes forman sus bibliotecas privadas gracias a la oferta que les llegan a sus propios domicilios. Hay quienes se llevan casi toda la noche en vela para poder lanzarse al teléfono y ser los primeros en hacer el pedido nada más abrirse la librería por la mañana. Y muchos de ustedes habréis conocido la frustración que produce el llegar tarde y perderse ese ejemplar tan ansiado de añadir a la biblioteca.**

**Pero también la visita periódica a los establecimientos, conlleva una liturgia confortadora. Hablar con el librero, de amigo a amigo; pedirle ayuda para encontrar ese libro que nos falta; buscar en los anaqueles donde siempre se encuentra algo que nos atrae, son hitos cada vez más difíciles de cumplir por mor de la falta de tiempo y, más aún, por la falta de sitio para aparcar el automóvil.**

Habría que intensificar fórmulas comerciales y financieras para tener más contactos directos con la clientela a través de Internet. Algunos libreros anticuarios quizás necesiten ayudas institucionales para informatizar sus fondos y participar a clientes especiales la llegada de títulos sobre temas preferidos.

El gremio de libreros anticuarios estuvo siempre vinculado a la existencia de bibliotecas privadas que cumplieron ciclos de vida familiar y fueron enajenadas. Y ese es un asunto importante, que ha evolucionado y que nosotros vamos a recordar, junto con la sangría bibliográfica que ha sufrido nuestra ciudad.

Pero vamos a comenzar por recuperar un lance histórico, como es la consideración social que en tiempos pretéritos tuvo el vendedor de libros antiguos, al que las guías comerciales llamaban “especulador de libros viejos”.

### **Encuentro con “Don Jorgito el inglés”**

En 1970 publicó Alianza Editorial un libro por entonces ya desaparecido en las librerías, “La Biblia en España”, escrito y publicado por George Borrow en 1842, en Gran Bretaña, y no conocido en España hasta 1921, cuando fue traducido por Manuel Azaña. Huelga decir que la edición española fue corta y sólo atractiva para quienes, como el mismo Azaña, valoraban el enfoque liberal del

concepto histórico español, en contra de la visión tradicionalista de una España casi perfecta. Este es, esencialmente, el enfoque del libro de Borrow. (Así lo consideró José Cabrera Vicente, en un artículo publicado en ABC el 2 de diciembre de 1990).

La iniciativa de Alianza Editorial la esperábamos varios sevillanos conocedores de las aventuras de George Borrow en nuestra ciudad, primero en 1836, durante unos veinte días, y después durante casi todo el año 1839, cuando además instaló en la plaza Nueva el kiosco de la Sociedad Bíblica Británica para vender los libros sagrados según la versión protestante. Y nuestras inquietudes estaban fundamentadas en el conocimiento parcial de los durísimos, despiadados comentarios que George Borrow había dedicado a los sevillanos en particular y a los andaluces en general. Claro que hay que hacer constar, que Borrow cosechó un rotundo fracaso con sus biblias protestantes, como no podía ser menos en la tierra de María Santísima, y su enfado se convirtió en rencor hacia los sevillanos.

Durante casi ochenta años, la obra de “Don Jorgito el inglés”, como fue conocido en España, alcanzó enorme popularidad y fue traducida al alemán, el francés y el ruso. Es decir, durante ese largo período de tiempo, casi un siglo, medio mundo pudo leer “La Biblia en España”, menos los españoles, y menos aún los sevillanos que estaban lejos del foco cultural selectivo de Madrid, de donde prácticamente no

habían salido los ejemplares de la edición primera y única del año 1921.

Nuestros temores se cumplieron con creces. Creo que nunca ningún escritor extranjero arremetió con tanta saña contra los sevillanos, y su texto hizo, y sigue haciendo, mucho daño entre quienes desconocedores de las realidades sevillanas del siglo XIX, lo leen y creen en la palabra de Borrow. Es decir, que si negativa fue “La España de Merimé”, como sentenció Antonio Machado, lo mismo sucedió con “La España de Borrow”, escrita para el consumo anglosajón hambriento de leyenda anti española, según escribió José María Alfaro en ABC el 20 de noviembre de 1981.

Hay en “La Biblia en España” un texto que viene como anillo al dedo para nuestro Pregón de hoy, y que además no sólo no vamos a rechazar, sino todo lo contrario a admitir de buen grado; es decir, a valorar como una de esas verdades del barquero que alguien tenía que decir. Y Borrow la dijo y, al menos en parte, con matices, sigue vigente.

Dicho texto dice textualmente:

“Mi visitante más asiduo [durante su segunda estancia en Sevilla] era Dionisio, que por raro caso dejaba de ir a verme alguna tarde: el pobre hombre iba en busca de simpatía y conversación. Es difícil concebir situación más desamparada y aislada que la de aquel griego en Sevilla, sin un amigo apenas, pendiente, para subsistir, de la

mísera pitanza que podía producirle la venta de unos pocos libros viejos, ofrecidos en su mayoría de puerta en puerta.

— ¿Qué pudo inducirle a usted en un principio a dedicarse a vender libros en Sevilla? —le pregunté cuando, cierta tarde calurosa, llegó, sofocado y cansado, con un paquete de libros atado con una correa.

Dionisio [contestó]: A falta de empleo mejor, *Kyrie*, adopté este oficio, que está muy despreciado y no da para vivir. Cuántas veces he lamentado que no me enseñasen a zapatero o no haber aprendido, de mozo, cualquier oficio manual útil; ahora lo hubiese seguido muy contento. Eso me hubiera procurado, al menos, el respeto de mis semejantes, pues me necesitarían; mientras que ahora todos me huyen y me miran con desprecio. Vendo una mercancía que aquí no le importa a nadie. ¡Libros en Sevilla, donde nadie lee, como no sean novelas nuevas, traducidas del francés, y obscenidades! ¡Libros! ¡Ojalá fuese gitano, que entonces, vendiendo burros, sería al menos independiente y más respetado que ahora!

Yo [escribe Borrow]: ¿En qué género de libros comercia usted principalmente?

Responde Dionisio: En el menos adecuado al mercado de Sevilla, *Kyrie*: en libros de valor sustancial, fundamentales; muchos en griego viejo, adquiridos por mí al disolverse los conventos, cuando los fondos

de sus bibliotecas, arrojados a los patios, se vendían a tanto la arroba. Al principio creí hacer fortuna y, en realidad, con esos libros la hubiera hecho en cualquier otra parte; pero aquí he llegado a ofrecer por medio duro un Elzevir, en vano. Si no fuera por los forasteros, que me compran algo, me moriría de hambre.

Yo.- Pero en Sevilla hay una gran catedral con muchos curas y canónigos; de seguro irán a verle a usted algunos para comprar obras clásicas y libros de literatura eclesiástica.

Dionisio: Si cree usted eso, *Kyrie*, conoce usted mal a los eclesiásticos de Sevilla. Yo trato a muchos y puedo asegurarle que es difícil encontrar una caterva de gentes con más declarada aversión a los trabajos intelectuales de toda especie”.

## Los libreros de antiguo del siglo XIX

Tenemos en Borrow una imagen lamentable del mercado de libros antiguos o usados y viejos, como antes se decía, pero que nos sirve para valorar la dedicación a este menester de contadas personas no sólo durante el último tercio del siglo XIX, como ahora explicaremos, sino también durante la primera mitad del siglo XX y poco más, para situarnos en un pasado que nos permita prescindir del presente y, por lo tanto, no cometer errores de omisión.

**Hemos investigado el mercado del libro antiguo en cuatro años del último tercio del siglo XIX, los años 1865, 1870, 1877 y 1899.**

**En 1865 sólo había dos librerías de viejos establecidos en nuestra ciudad, entonces llamados “especuladores en libros usados”. Con este calificativo curioso, sólo hemos encontrado también a los vendedores de leña. Este término se mantuvo en las guías mercantiles hasta los años treinta del siglo XX, y desde luego no con sentido peyorativo sino según las acepciones nobles que indica el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.**

**De estos dos librerías anticuarios, uno, llamado Manuel García, estaba instalado en la Plaza del Pan, número 28, lo que permite valorar este enclave urbano como el más antiguo de la ciudad relacionado con este producto, y además mantenido hasta bien pasado el medio siglo XX, con el inolvidable Pepe Rivas, raíz además de una saga de librerías anticuarios.**

**Se nos ocurre sugerir que sería oportuno colocar en dicha plaza una placa recordando esta circunstancia mercantil selectiva.**

**El otro librero de 1865, era José Jiménez, establecido en una accesoria de la calle Feria, número 103. Otra calle con historia en nuestro sector, no sólo por la existencia del mercadillo del Jueves, tan vinculado a la venta de libros antiguos, sino por ser la residencia**



estable de varias librerías dedicadas al libro antiguo y de ocasión en todos los tiempos de las dos últimas centurias.

Cinco años después, en 1870, se mantiene aún José Jiménez en la calle Feria, pero en otro lugar, ahora en el número 52, más vinculado al foco central mercantil junto a la plazuela de los Carros.

La pérdida de Manuel García en 1870 se compensó con la apertura de nada menos que cuatro nuevas librerías de viejos. De manera que el censo lo formaban, el citado José Jiménez, en Feria número 52; Francisco Bianchi, en Cardenal, 1; Manuel Cabrilla, en San Eloy sin número; Pedro Carrasco, también en la calle Feria, número 14, muy cerca de San Juan de la Palma, y José Ramos, en la calle Palma, 15.

En 1877 se mantenían Francisco Bianchi y José Jiménez, que era ya el decano de los libreros anticuarios, y se añadían tres nuevos, y uno de ellos, José Cano, con dos tiendas abiertas: una en la calle Luna, 5, y otra en la calle Sierpes frente a Santa María de Gracia, justo al lado del Café Cantante Novedades y mirando hacia la Campana.

Los otros dos restantes, fueron José Ramos, en el callejón de Baena, número 1, y Pedro Carrasco en la calle Feria, 23.

Al filo del siglo XX, en 1899, aparecen las primeras viudas continuadoras del negocio en los mismos domicilios, y también un hijo que se establece por su cuenta. En efecto, muere el decano José

Jiménez y le sucede su viuda e hijos, pero uno de ellos, el mayor y llamado José, como su padre, abre su propia librería en la calle Placentines, número 24.

La otra viuda es la de Francisco Bianchi, en la calle Regina.

Hay ese año una nueva incorporación, la de Eugenio de la Torre y Villaseñor, con tienda en la plaza Nueva, número 2. Pero el censo se ha reducido de cinco a cuatro librereros.

### **Bibliotecas privadas desaparecidas**

Antes de adentrarnos en el siglo XX, debemos hacer dos observaciones vinculadas al negocio del libro antiguo.

La primera observación es que durante casi todo el siglo XIX, las bibliotecas particulares eran numerosas y muy valiosas y se ofrecían a los investigadores, curiosos y turistas que visitaban la ciudad. Así puede comprobarse en la colección de guías editadas desde 1864 hasta finales de los años treinta del siglo XX, por Manuel Gómez Zarzuela y después por su hijo Vicente. Y también en otras guías comerciales del siglo XIX.

La segunda observación es que a la muerte de sus creadores, esas magníficas bibliotecas se convertían en almonedas y desaparecían.

El corolario de esta circunstancia adversa para la cultura sevillana, es que en ese período de disolución de bibliotecas

particulares, tomaban parte los libreros anticuarios, comprando todo los libros o lotes seleccionados y luego ofreciéndolos a su clientela, y contribuyendo así a la rotación de fondos de bibliotecas antiguas a bibliotecas de nueva formación o ampliación.

Pero hubo durante la segunda mitad del siglo XIX, y es posible que antes también, una tendencia negativa que por desgracia se mantuvo durante todo el siglo XX. Negativa para los libreros sevillanos que veían como eran libreros de Madrid y Barcelona, principalmente, y en algunos casos franceses e italianos, los que se llevaban lo mejor de cada biblioteca. Y esto sucedía por dos causas. La primera porque podían pagar más y al contado. Y la segunda, porque las viudas e hijos preferían vender de forma vergonzante y sin que se enteraran los sevillanos; es decir, que procuraron que los compradores se llevaran los libros lejos de Sevilla. Y así fueron desapareciendo de la ciudad muchas bibliotecas importantes, sin la participación de los libreros anticuarios locales. Un sistema que se mantuvo durante la primera mitad del siglo XX y que aún subsiste, aunque ahora ya no existen las riquezas bibliográficas de entonces en poder de particulares, salvo muy contadas ocasiones, como sucede, por ejemplo, con las magníficas bibliotecas de don Eduardo Ybarra Hidalgo y el duque de Segorbe.

Para hacernos una idea de la riqueza bibliográfica sevillana del siglo XIX y en parte heredada por la centuria siguiente, vamos a

reproducir una selección de textos insertados en la antes citada guía de la familia Zarzuela, respetando el estilo gramatical empleado en cada época.

“Biblioteca de los Herederos del Sr. D. Francisco de Borja Palomo: Calle de Santa María la Blanca, número, 15. Consta esta Biblioteca de más de 7.000 volúmenes, hallándose entre ellos 33 del siglo XV y muchos del XVI, gran número de ediciones plantinianas y elzevirianas, de la colección de clásicos latinos, así como muchas de las primeras obras selectas de los escritores castellanos de poesía, historia y jurisprudencia, y por último, muchos manuscritos de la mejor época de nuestra literatura.

Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de T'Serclaer. Forman la base de ella los libros antiguos y modernos de historias de pueblos de España, de la que ha reunido el Sr. Duque una colección incomparable. Posee además libros antiguos españoles y portugueses de gran mérito bibliográfico y una serie de "Relaciones" (impresos que en los siglos XV y XVI hacían las veces de periódicos) numerosas y curiosísimas. Adornan la biblioteca platos, azulejos y cuadros antiguos y muchas otras preciosidades arqueológicas que sirven de estudio á su dueño y á los amigos de éste que se reúnen cada noche, en ella formando una tertulia literaria famosa. (En esas tertulias nació la revista "Archivo Hispalense" en 1886. La casa palacio del duque de T'Serclaer estaba en

la Plaza del Duque de la Victoria, número 7. Quizás fue donde estuvo el Colegio de Alfonso X el Sabio).

**Biblioteca del Excmo. e Ilmo. Sr. Barón de Sabasona.** Es mencionada, más que por el número de volúmenes que la componen, por la colección, la más completa que en ella se encuentra, de libros relativos al Derecho político de los principales Estados de Europa y las dos Américas. También contiene bastantes obras de todas las otras secciones del Derecho, y en general de Jurisprudencia, Administración, Economía Política, Hacienda Pública y Estadística. Las hay en ella de varios de los ramos del saber humano; y entre los diferentes libros de que nos ocupamos, existen volúmenes de obras que tratan de cifras y monogramas, de heráldica y blasón y de órdenes de Caballería nacionales y extranjeras, de genealogías y nobiliarios antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, generales y provinciales.

**Biblioteca del Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa.** Calle de San Esteban 12. Consta de 3.000 volúmenes, entre los cuales se cuentan una colección numerosa de poetas líricos, antiguos y modernos, muchas Crónicas de diversas épocas y libros góticos: entre estos últimos uno del año 1400 en pergaminos, con orlas y miniaturas; dos manuscritos y varios libros curiosos, relativos á los fueros antiguos y costumbres de Vizcaya, y otros también notables de ediciones antiguas y modernas. El Sr. Lamarque ha trasladado la biblioteca últimamente

[1899] á su hermosa Alquería del Pilar, término de la villa de Dos Hermanas.

**Biblioteca del Excmo. Sr. Conde de Valdeinfanta. Calle de Guzmán el Bueno número 7. Es notable por contener, entre otros libros de mérito, una rarísima colección, acaso sin igual en su género, de obras que tratan del arte de la gineta.**

**Biblioteca de los herederos de D. José María de Vera y Navas. Amor de Dios, 33. Llama la atención, no sólo porque atesora muchas obras góticas castellanas de los siglos XV y XVI, de suma rareza, entre ellas algunas de los llamados libros de caballería, sino porque contiene una rica colección de dibujos antiguos de nuestros principales maestros, como Murillo, Valdés, Pacheco, Schut, Villavicencio, Toledo, Castillo, etc., que unidos á los de otros pintores célebres, suman más de setecientos. También es curiosísima y valiosa la colección de autógrafos originales, tanto de reyes antiguos como de personajes célebres.**

**Biblioteca de D. Mariano Fernández Castañón. Calle Cónteros, 17. Es muy rica en libros góticos castellanos, cuyo número pasa de 600, en multitud de crónicas de la más remota antigüedad, y en libros raros de muy subida estima, entre ellos dos devocionarios del siglo XIV, escritos en pergamino y adornados con orlas y viñetas de mérito tan ostensible, que hacen ambos volúmenes dos verdaderas joyas de**

**incomparable mérito. Posee además un Archivo de genealogías de la fundación de los títulos de España y Capellanías de Andalucía.**

**Biblioteca del Ilmo. Sr. D. José María de Álava y Urbina (Hoy de su señora viuda [1899]). Calle de las Sierpes, número 71. Compónese de más de nueve mil volúmenes, notables, no sólo bajo el punto de vista literario, sino considerable número de ellos bajo el tipográfico. Cómo es fácil de suponer, la literatura é imprenta: española de todas las épocas, en particular desde el siglo XV en adelante, ocupan el primer lugar en esta rica colección. No tememos asegurar que en esta provincia, y acaso en Andalucía, no hay biblioteca particular que le iguale, y que muchas de las públicas le son inferiores, si nó en el número, en la calidad é importancia de los libros y ediciones que logró reunir el Sr. Álava. La colección de los manuscritos es tan interesante como la de los impresos.**

**Biblioteca del Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. A fuerza de inteligencia, constancia y grandes gastos, ha logrado reunir la colección más completa que existe en España de obras de nuestros antiguos poetas en sus ediciones originales, que ha hecho encuadernar á los mejores artistas de París. El señor Marqués es un cervantista de mucho mérito y posee gran número de ediciones del Quijote, entre ellas la primera (Madrid, 1605) de la que tiene el ejemplar más hermoso de los cuatro ó cinco conocidos”.**

Además de las bibliotecas privadas indicadas, había otras con idénticos méritos, como fueron los casos de José Joaquín Camuñas, calle Padre Marchena, 12; Antonio Collantes de Terán, calle Laguna, 30; Manuel Gómez Imaz, calle Gravina, 57, interesante por la colección de impresos referentes a la Guerra de la Independencia Española (1808-1814); Marqués de la Motilla, calle Cuna, 3; Enrique Barón, calle Doña María Coronel, 30; y la de José de Toro y Hoyos, en calle Buíza y Mensaque, número 13.

## **Primer tercio del siglo XX**

**Damos ahora un salto en el tiempo y nos situamos en 1925.**

Todavía quedaban algunas de las bibliotecas privadas de finales del siglo XIX, y se añadieron las de Antonio Collantes de Terán, de Eduardo de Ibarra y Osborne, de Ramón de Manjarrés, de los herederos de Enrique Carroso de Guzmán, de Manuel Portilla Campero, de Manuel Justiniano Lamadrid, de Luis Montoto y Rautenstrauch, de Joaquín Hazañas, de Francisco Farfán, de Jerónimo Gil Álvarez, y la de Ricardo Franco y Lozano.

Asimismo citaremos las bibliotecas Médicas de los Hijos de Leopoldo Murga, en lo que se relaciona con la patología microbiana; la de Alberto Murta y Cortés, con publicaciones afectas a las



enfermedades de la infancia, y la de farmacia que posee Francisco Gil Fernández.

Durante el primer cuarto de siglo (1925), el censo de librerías anticuarias vuelve a ser de cinco, pero con siete establecimientos abiertos. Mantenía dos despachos Rafael Bermudo Rodríguez, en las calles Sierpes, 74, y Doctor Letamendi, 26. Y Manuel Rivas Vera, en la plaza de Jesús de la Pasión, 24, y calle Siete Revueltas, 22.

Luego estaban Manuel Chico Cruz, en la calle Feria, número 62; José Navarro Oliver, en la calle Sierpes, número 4; y la Viuda de Esquibel, en la calle Feria, número 52.

Entre 1926 y 1936, el censo de librerías anticuarias quedó diezmado. De los cinco titulares de 1925 y siete tiendas abiertas, sólo quedaron dos y tres, respectivamente. Seguían, en el mercado Manuel Rivas Vera, en la plaza del Pan, 24, y Siete Revueltas, 33, y la Viuda de Esquibel, en la calle Feria, 52.

Desde principio del siglo XX hasta 1925, hay que recordar a una serie de librerías anticuarias que tuvieron protagonismo cultural. Fueron los casos de José Espiau de la Coba, en calle Sierpes, 4; Pablo Iñiguez Galiano, en calle Jáuregui, 6; Isidoro Junquito, en plaza del Pan, 25; y tres viudas de acreditados librerías ya fallecidos en 1908, que fueron Bianchi, Perdiguero y Jiménez, el decano del siglo anterior.

En 1910 registramos el censo más numeroso, con siete librereros anticuarios, los ya citados en 1908, Espiau, Galiano, Junquito y las viudas de Bianchi y Jiménez, más Pedro Girón, en la calle O'Donnell, 13, y Hermanos Parra, en Sierpes, 16.

Seis años después, ya habían desaparecido todos los librereros antes citados, menos la viuda de Bianchi, que continuaba establecida en la calle Regina. El censo de 1916 lo formaron, además de la viuda de Bianchi, José Navarro Oliver, en la calle Sierpes, 4; Francisco Jiménez Fuenmayor, en la calle Feria, 52, como sucesor de José Jiménez; José Calvo Ramos, en la calle Placentines, 10; y José Bermudo Rodríguez, en la calle Sierpes, 74.

En 1936, el decano del gremio es Manuel Rivas Vera, que aparece desde 1916 en la plaza del Pan, donde continuó José Rivas, luego perpetuado por Rivas hijo, en la calle Correduría primero y después en la calle Luchana, y por su viuda, en calle Corral del Rey.

Una saga de librereros anticuarios que, como escribimos antes, nos hace solicitar la colocación de una placa de recuerdo en la plaza del Pan, como homenaje generalizado al Librero de Antiguo sevillano.

### **Fueron librereros y amigos**

Ya al filo del medio siglo, el gremio de librereros anticuarios tiene un censo más numeroso. En 1948 tenían establecimientos abiertos siete

libreros. Eran, José García Arránz, en calle Murillo, 2; Rafael Caballero González, en Regina, 19; Luis Esquivel Jiménez, en Feria, 52; Aurora Gálvez Aguilera, en Alemanes, 5; Rivas, en la plaza del Pan, 24; Carmen Rodríguez Rodríguez, en la calle Hernando Colón, 7, y Honorio Ruiz Medrano, en la calle García de Vinuesa, 10.

Hay una novedad en el gremio: la incorporación de la mujer como fundadora del negocio en vez de continuadora como viuda o hija. Son los casos de Aurora Gálvez y Carmen Rodríguez, que abrieron el camino a otras librerías anticuarias excepcionales, como Concha Buzón y Mercedes Vallejo. A Aurora Gálvez le sustituyó José Gálvez, y en esa librería de la calle Alemanes, número 5, trabajó de dependienta Mercedes Vallejo, antes de establecerse en la calle Rivero.

Concha Buzón murió joven y dejó su huella en la plaza de Montesión; huella en forma de escuela entrañable que siguen sus hijas. Mercedes vive y constituye una reliquia femenina del gremio de libreros anticuarios. Además, Mercedita, es una persona entrañable.

A finales de los años cincuenta y primeros sesenta, volvió el gremio a perder titulares. Sólo quedaban cinco: José Arránz, Rafael Caballero, Rivas y Carmen Rodríguez, más uno nuevo, Francisco Guijarro Jiménez, establecido en la calle Alfarería, número 3.

Hubo más librerías que tuvieron muy buen cartel durante las décadas siguientes a la guerra civil. Fueron los casos de la librería conocida cariñosamente como Doña Adela, en la calle Feria, 54, posiblemente en el mismo lugar que estuvo la librería de la familia Jiménez. Vicente Lloréns, hijo del empresario pionero del cine en Sevilla, y escritor costumbrista, Vicente Lloréns Asencio, iniciador de la saga de los Lloréns Artacho. Librería Cervantes, en la calle Atienza; Sebastián Rodríguez, en la calle Amparo, donde uno de sus dos hijos montó un taller artesanal de encuadernación que aportó durante los años sesenta y setenta obras espléndidas, algunas de ellas custodiadas como tesoros en mi biblioteca. Antonio García, en la calle Hernando Colón, como continuador del negocio de sus padres, que además publicó libros como la primera edición de “Las calles de Sevilla”, de Santiago Montoto, en 1940. Y por poner coto a una larga relación de librerías que tuvimos la alegría de conocer, el para mí inolvidable José Luis Fernández Ventura, Pepe para sus numerosos amigos, que estuvo establecido en la plaza de la Encarnación y luego en la playa de Matalascañas, donde fundó la Librería Cernuda, poeta al que adoraba y conocía su obra como pocos.

Todos estos nombres tienen para nosotros recuerdos entrañables. Cuando en 1950 comenzamos nuestra vida profesional en el diario “Sevilla”, iniciamos también la formación de nuestra biblioteca, fototeca y archivo. Los tres fondos comenzaron con los primeros ejemplares

comprados en el mercadillo del Jueves. Y después, hasta sumar más de quince mil libros, más de treinta mil fotografías y otros tantos documentos, fueron llegando de nuestra relación como cliente y amigo, con José Luis Fernández Ventura, Antonio García, Sebastián Rodríguez, Mercedes Vallejo, Concha Buzón, José Rivas, y algunos otros, aparte de las posteriores adquisiciones a librerías actuales.

### **Presente esperanzador**

El gremio de librerías de antiguo y de ocasión ha superado en gran parte las circunstancias negativas que afectaron a sus actividades mercantiles y culturales, limitando su expansión y a veces hasta poniendo en riesgo su propia existencia. Pero aún hay que encontrar más apoyos institucionales actualizados para que este sector básico de la cultura pueda afrontar las exigencias del mercado.

El censo de librerías, sus fondos, la organización comercial, el crédito social que ahora tienen bien ganado a pulso, queda reflejado en la evolución de la Feria que hoy pregonamos y que mañana abrirá sus puertas en la Plaza Nueva.

Una Feria que suma 25 años, que es la vicedecana de España, y que tanto en la Plaza Nueva como primer escenario, y tras pasar por la plaza de San Francisco y la explanada de la calle Fray Ceferino González, volvió a la plaza Nueva en el año 2000, para confirmar de

forma definitiva tanto lo acertado del recinto ferial como la oportunidad de su celebración, como escaparate y lugar de encuentros con los amantes de los libros antiguos y modernos de ocasión. Una Feria que crea adicción, que es esperada con ilusionada esperanza por quienes desean incrementar los fondos de sus bibliotecas particulares.

Y con esta referencia, volvemos al tema de las bibliotecas privadas perdidas sin remedios, ya en tiempos más recientes. La última gran biblioteca de bibliófilo, verdaderamente excepcional, que ocupaba un piso entero, con incunables valiosísimos, fue la del doctor y académico Gabriel Sánchez de la Cuesta. Después de su muerte tiene paradero desconocido.

Lo mismo sucedió con la biblioteca de Santiago Montoto, formada por su padre, Luis Montoto y Rautenstrauch, que después de su fallecimiento pasó en parte a la Universidad, y de la que hay más fondos en Lora del Río. En este caso conocemos que Juan de Dios Montoto Sarriá trabaja en la recuperación y catalogación de los fondos que puedan recuperarse por la familia.

Otra biblioteca perdida por Sevilla fue la del doctor Sebastián García Díaz, que tuvo que emigrar a Barcelona ante la falta de interés que aquí hubo por retenerla.

Y hay muchas más bibliotecas generales y especializadas, que se perdieron para la ciudad, total o parcialmente pese a ser donadas, en

algunas circunstancias, a diversas instituciones. Fueron los casos del doctor Felipe Hauser, del humanista Francisco Rodríguez Marín, del escritor Manuel Halcón y otros.

Hay que subrayar y elogiar que el Ayuntamiento, a través de la Hemeroteca Municipal y el Archivo Histórico Municipal, está realizando una trascendente labor de recuperación de fotografías, bibliotecas y archivos particulares que estaban en peligro de perderse para la ciudad.

También hay que reconocer que las actividades culturales han progresado en Sevilla como nunca lo hicieron desde después de la guerra civil. Entre 1936 y 1976, quedó estéril en parte aquel espíritu de renacimiento cívico y cultural protagonizado por el Ateneo, desde su fundación en 1886 en aras del humanismo krausista y hasta finales de los años veinte, cuando la Exposición Iberoamericana puso punto y final a una época.

Desde el cambio de Régimen y más aún desde que las elecciones municipales de 1979 modificaron las estructuras políticas en el Ayuntamiento, han vuelto los vientos renovadores, a veces con desigual fortuna, pero con incuestionable vocación de servir a la cultura sevillana. Fue Luis Uruñuela, el primer alcalde democrático, quien fijó objetivos de promoción cultural que luego mantuvieron y ampliaron los alcaldes siguientes.

Desde 1979 en adelante y alcanzando el cenit en los tiempos de preparación y celebración de la Exposición Universal de 1992, las actividades culturales se han multiplicado. Y no sólo promovidas por las delegaciones de Cultura del Ayuntamiento, la Diputación Provincial y la Junta de Andalucía, sino también por la iniciativa privada. Una serie de Fundaciones, como nunca existieron en la ciudad, mantienen convocatorias de premios, exposiciones, conciertos, ayudas universitarias y profesionales.

Una labor magnífica que se une a la que desarrollan varios Colegios Profesionales, las Reales Academias de Medicina, Bellas Artes y Buenas Letras; círculos como el Ateneo, el Labradores y el Mercantil e Industrial.

Premios literarios, de pintura y musicales, editoriales públicas y privadas, ayudan a conformar un mundo cultural sin precedentes en nuestra ciudad.

Centro básico de la expansión cultural es el Teatro Maestranza, sede de prestigiadas temporadas de ópera, más otras salas menores especializadas en teatro de ensayo y música experimental. Asimismo la atención al folclore tiene en la Bienal de Flamenco una base acreditada de expansión y valoración adecuada.

En definitiva, Sevilla está viviendo los primeros años del siglo XXI con esperanza y razonable confianza en sus posibilidades de gran



**metrópolis cultural. Un tiempo de renacimiento cívico similar al que experimentó durante el primer cuarto de siglo, gracias a la Exposición Iberoamericana.**

**Podemos afirmar que si la Exposición de 1929 puso a Sevilla en el siglo XX, aunque con décadas de retraso, la Exposición Universal de 1992 y sus consecuencias anexas situaron a la ciudad y su entorno por anticipado en el Tercer Milenio.**

**Sevilla, 28 de Noviembre de 2002**